

de Constantinopla, al Emperador Alexo Commeno, relativa á la ereccion en Iglesias metropolitanas, con notas sobre diversos artículos de la constitucion dada al Clero por la asamblea. En todas brillaba una vasta erudicion y una atencion escrupulosa en quedarse, sin amplificacion ni energia de expresiones, en la línea estrecha de la verdad, y una lógica exâctísima, que ningun escape dexaba al error; hombre estimado de todos, y singularmente de sus amigos, entre quienes se preciaba de contar á Mr. Durosoy, célebre escritor de las ventajas de la Monarquía, el qual si pudo decir, como dixo al intimarle la sentencia de muerte: le dice muy bien á un Realista morir por su Rey el dia de San Luis; pudo decir tambien Mr. de Rastignac: le dice muy bien á un Defensor de la Iglesia morir por ella en el gran dia de sus Mártires.

Su digno compañero, que era Mr. el abate Lenfant, se habia aplicado á cultivar su talento oratorio despues de la extincion de la Compañia de Jesus, en donde lo habia adquirido; fué admirado en los pulpitos de Versalles, Viena y Paris, debiendo su reputacion á sus discursos sólidos, á una eloqüencia llena de unción y de nobleza, y á una diction magestuosa, captándose la estimacion y respeto universal por la dulzura y amenidad de su carácter, y por sus virtudes las mas puras: en fin, un orador evangélico, que predicaba y atraía mas con su exemplo y piedad, que con la fuerza de sus discursos. Estos hombres, pues, á vista de aquellos desdichados, abatidos, pálidos, desesperados, como hombres á quienes su causa no alienta como á los que van á ser Mártires la suya, llenos de caridad, olvidan en aquel momento la muerte que les espera, y dando gracias á la Providencia, que les ofrece almas que salvar con la suya, con todo el ascendiente que da la virtud en este terrible lance, anuncian y acuerdan á aquellos infelices, que hay otro tribunal adonde comparecer despues del de los bandidos, y los exhortan al saludable arrepentimiento, que los librárá de otros suplicios mas atroces, y les abrirá las puertas de una dicha eterna. Conmovidos todos á sus voces, se arrodillan, y llenos de aliento y de consuelo piden misericordia: los dos solos en pie, con la autoridad recibida del cielo, pronuncian la absolucion, dada la qual, los

levantan, y los enseñan á morir del modo que deben los que tienen limpia su conciencia.

Llamado luego Mr. Lenfant á morir, sale con el mismo ayre con que caminaba al púlpito: conmovido el pueblo al ver á su Apóstol, comienza á gritar, que viva, que viva: suéltanlo los verdugos, sácalo á fuera la gente, y le dice que se salve: detiénese él un momento á dar las gracias á sus bienhechores, y al punto salen quatro verdugos: pesarosos de haber soltado la presa, lo aseguran, y él entónces levantando al cielo los ojos, dice: « Señor, convierto á Vos las gracias, porque me proporcionais el que dé por vos la vida, como vos la disteis por mí: se arrodilla, y muere allí á manos de los asesinos. Mr. de Rastignac, aunque consumido de años y trabajos, hecho un esqueleto y sin poder andar, no mereció compasion alguna: apareció, pues, en el teatro de la muerte, donde estaba un municipe, que leía, ó parecia leer á la salida de cada víctima una sentencia, llamada juicio del pueblo, y cerca de él una compañía de verdugos, levantado el acero, y sobresaliente á todos ellos encima de un tonel, trono de la ferocidad, un demonio de Marsella, que tenia una larga cimitarra levantada sobre la víctima. Este, pues, al percibir la señal, dió el golpe sobre la cabeza de Mr. Rastignac, que hubiera caído tambien á solo el ayre de él, segun estaba.

Mr. de Boisgelin era sugeto de mucho nombre en Francia, á quien el grado de Agente del Clero parecia disponer para puesto mas eminente; pero porque (no debe disimularlo la historia) lo alejaban de la dignidad episcopal sus costumbres mas que sospechosas, mala reputacion, y procederes escandalosos aun en un seglar; porqué título, pues, tuvo lugar entre estas gloriosas víctimas? Era sobrino de un Prelado, cuyos escritos habian puesto en claro los errores de la constitucion que habia hecho tantos Mártires: era Sacerdote, y no habia querido prestar el juramento de la apostasia; y así semejante á aquellos operarios llamados á la última hora del dia, expió en los últimos momentos sus yerros, borró con su sangre sus escándalos, y llegado, aunque tarde, el arrepentimiento, recibió con el martirio el mismo premio que sus hermanos. Creemoslo así, porque si



en este momento hubiera flaqueado, hubieran triunfado los jacobinos con su apostasía, y lo hubieran conservado como á Brienne.

Mas largo tiempo anduvo en los caminos del Señor Mr. Royer, Cura en Paris de San Juan en la ribera, respetable por sus virtudes en toda su parroquia, en la que habia hecho muchas fundaciones para alivio de los pobres, fruto de su caridad y de la economía con que se trataba: lo ví esperando con serenidad su suerte preso en un desvan de la casa capitular, y con él al jóven Sacerdote Pey, que adornaba su inocencia y santidad de costumbres con la alegría de su semblante: yo me admiraba de su tranquilidad, y él se reía de mi admiración. Allí estuvieron olvidados, hasta que en el momento del sacrificio se acordaron de ellos, y los llevaron á la Abadía para morir con otros muchos Sacerdotes, como fueron Mr. San Clair, Vicario general de la diócesis de Die, Mr. Gervais, Secretario del Arzobispo de Paris, los dos hermanos Benvit, Capeau, Despomerai, Neveu, Simon, Tareau, ocupados en el ministerio de diferentes parroquias, y Mr. Rateau, doctor de la Sorbona.

El único Sacerdote conocido por haber escapado de esta carnicería fué un Religioso de Clugni, de los diez y seis detenidos á la salida de Paris. Este al llegar á la Abadía vió entre los comisarios á uno con quien habia concurrido en casa de un amigo de ambos: este amigo, creyendo al Religioso seguro de la deportación, le habia confiado una suma de quarentá mil libras: el Religioso, para asegurarle esta cantidad, entregó su cartera al comisario encargándole la restitucion, y él entonces conociéndolo, arbitra, para salvarle la vida, conducirlo á el tribunal, en que estaban varios escribientes ocupados en el proceso verbal, y sentándolo á una mesa, le dice, escribe: el Religioso espera que le dicte lo que ha de escribir, y el comisario, conociendo en su embarazo que no le habia entendido, afectando un ayre de enfado, dice: escribe, pues, lo que te he dicho, y que esté acabado á mi vuelta: entonces cae en ello, y se pone a escribir á toda priesa. En esto iban y venian los verdugos, contando reos, pidiendo listas, dando cuenta con sumo gozo de lo ya executado; pero al fin faltaba uno, que era el mismo que tenian delante escribiendo, y ellos tenian por un empleado: en tanto el Re-

ligioso proseguia su tarea, fingiendo priesa, y sin distraerse á levantar un momento la cara, como que conocia la importancia del papel que estaba haciendo, tanto mas quanto veía el furor con que buscaban y sentian la presa que se les habia escapado. En el instante oportuno vino el comisario, examinó lo que escribia este Religioso, le hizo tomar los papeles debaxo del brazo, y lo llevó consigo como su secretario.

Por este Sacerdote arrancado de las manos de los verdugos de la Abadía, se cuentan cerca de quarenta, que juntos á los del Cármen, hacen ciento y ochenta Sacerdotes degollados en el espacio de dos ó tres horas.

Entretanto que se executaban estas atrocidades, para disminuir al público el horror que debian causar, esparcieron por toda la ciudad los jacobinos que los Sacerdotes del Cármen, y principalmente el Arzobispo de Arles, se habian levantado y acometido á la guardia, cuyo increíble testimonio halló defensores á pesar de tanta precaucion y tanto registro diario. Uno de los verdugos que conducian á la sesion á Mr. Bardét, le decia por el camino: y aquel malvado Arzobispo de Arles, que tenia un dardo en el baston para defenderse! Mr. Bardét, que al mismo tiempo estaba viendo un sable desnudo sobre su cabeza, no sabia de que asombrarse mas, si de la fiereza del verdugo, que estaba tentado de matarlo quando lo conducia al asilo, ó de su desvergüenza, que un instante despues de la muerte del V. Arzobispo se atrevia á calumniarlo así delante de los mismos que lo habian visto morir. Se decia tambien al pueblo, que á la misma hora los Sacerdotes y todos los prisioneros debian esparcirse por la ciudad para degollar á los ciudadanos, y se daba por prueba de esto las pequeñas estampas del corazon de Jesus y de Maria que se encontraron á todos los Sacerdotes. Estas imágenes eran el simbolo del amor de un Dios hecho hombre por la salud del género humano, y el de la Madre de Dios para con su hijo y para con los que él habia redimido con su sangre. La espada de que ellos estaban traspasados, explicaba el exceso de este amor en un Dios muriendo en la cruz, y manifestando al género humano un corazon abierto que nos sirviera de asilo: significaba tambien el agudo dolor con que fué penetrado el co-



razon de Maria á vista de su hijo inmolado en el Calvario. En todos tiempos, y principalmente en el de la revolucion, los fervorosos católicos, inflamados por las reflexiones que inspira este símbolo, procuraban avivar su amor para con un Dios que tanto habia amado nuestras almas, veneraban especialmente en Jesuchristo el misterio de una caridad inefable: por este amor, principio de nuestra redencion, procuraban obligarlo á separar de la Francia el azote de la impiedad, y los desastres que la divina ira habria de enviar sobre este desgraciado reyno. Como sabian que la Francia la habian puesto sus Reyes solemnemente baxo la proteccion de la Santísima Virgen, unian el símbolo de su amor á el símbolo del amor de su hijo, como un motivo poderoso para su mediacion con el Soberano de los Soberanos. No esperaban ellos jamas que estas señales de sus votos por la patria, pudiesen ser en la inteligencia y explicacion de los jacobinos la señal de una conjuracion contra ella.

El pueblo, que lo cree todo, creyó tambien esta calumnia igualmente que la de haberse hallado en la iglesia del Cármen una prodigiosa cantidad de dinero, y un gran tesoro en el Obispo de Arles, que habia expendido lo poco que le quedaba en los demas presos y en algunas otras limosnas de fuera; y estas falsas voces produxeron todo el efecto que deseaban sus autores, disminuyendo el horror de tal matanza, y disponiendo al pueblo á tolerar, y aun á favorecer la del siguiente dia, que no fué ménos atroz.

Los noventa Sacerdotes encerrados en el seminario de San Fermin, esperaban como los del Cármen ver abrirseles las puertas en consecuencia del decreto de exportacion que se les habia notificado; y aunque Henriot, comandante de la sesion, los habia tratado de malvados, y dícholes claramente que moririan, pensaban que por la publicidad de estas amenazas se intentaba solamente intimidarlos. Estaban, pues, en esta seguridad, quando halló modo de introducirse á ellos un jóven carnicero que venia del Cármen en busca de Mr. Boulangier, que siendo procurador de la casa, tenía libertad para tratar con estas gentes: conforme lo descubre se llega á él, y con voz azorada le dice: salvaos, Señor, esta noche vais á ser degollados. Mr.

Boulangier no puede persuadirse á que sea cierta tal atrocidad, y sospechando que se les arma en esto algún lazo, corre á advertir de ello á Mr. Francois, superior de la casa: convienen en enviar á un doméstico á tomar informe: va, pero no vuelve con la respuesta: el carnicero entretanto, impaciente de ver que Mr. Boulangier no sale, entra mas adentro, y hallándolo, le insta mas diciendo: ya quedan muertos todos los del Cármen, y si os tardais un quarto de hora, no será ya tiempo. Mr. Boulangier queria volver á avisar á sus hermanos; pero el jóven no le dexa: era menester para escapar atravesar por un cuerpo de guardia numeroso: en esto llegan otros dos jóvenes con el mismo designio, y sin permitirle lo que pedia, lo sacan por fuerza disimulado con sus propias armas para enganar á los centinelas, y llevándolo asido de un brazo como á un camarada, atraviesan por medio de una turba de bandidos, que llegaban ya á la casa para tomar todas las avenidas. Puesto ya Mr. Boulangier en seguridad, quiere dar dinero á su libertador; mas este le responde: « no, Señor, estoy bien pagado con haberos librado. Yo habia » ido al Cármen con los marseleses, con ánimo de matar por » mi mano algunos Sacerdotes; pero ¡ah Señor! quando ví morir aquellos santos, no tuve aliento para poner mis manos ni » en uno; antes bien prometí á Dios hacer lo posible por salvar » siquiera uno, y me tengo por dichoso habiéndolo logrado » Pídele entónces Mr. Boulangier que intente librar á otros: corre al punto; pero ya estaban guardados todos los puestos, debiendo comenzar al amanecer la matanza.

A las cinco de la mañana habia acudido ya el pueblo, que comenzó á pedir la vida de algunos particularmente estimados. Conservad á nuestro santo, gritaban, por Mr. Homond, antiguo profesor del colegio del Cardenal l' Moine, el qual por estas súplicas fué salvo con algunos otros: hubieran querido salvar tambien á Mr. Francois, superior del seminario, cuyas virtudes y limosnas le habian conciliado la comun veneracion; pero tenia contra sí el haber escrito en defensa de la Religion, y sobre todo, puesto en claro los errores que contenia el juramento, y por esta causa venia notado en la lista como hombre que por ninguna consideracion debia ser absuelto; y así fué arrebatado



para morir con los demas. Los verdugos recorrieron el colegio, y los traxeron todos á la puerta de la calle: hicieronlos salir, y al ver el pueblo tanto número de víctimas, no pudiendo sufrir que fuesen sacrificadas á su vista, los volvieron á dentro, y allí degollaron á unos, y á otros precipitaron por las ventanas. En medio de este pueblo compasivo se hallaron muchas mugeres, verdaderamente tigres, armadas de mazos de majar yeso, que conforme iban cayendo los Sacerdotes por las ventanas, acudian á rematarlos á golpes. De esta suerte pereció, entre otros, Mr. Copeine, á quien cogiéndolo los verdugos de la cama donde yacía enfermo en lo alto de la casa, lo arrojaron por una ventana. Así tambien Mr. Gros, aquel Cura tan benémerito de su parroquia en la qual pasaban estos horrores, el mismo que pudiendo escapar la vispera, respondió á quien se lo facilitaba: «yo soy muy conocido de estos mismos que me persiguen, por los beneficios que han recibido de mí: si no me hallan, no dexarán cosa que no escudriñen, y seré causa de que mueran algunos que podrán quedar ocultos; mas vale que muera yo.» Quando se le pusieron delante los verdugos, conoció entre ellos á uno de sus feligreses, y diciéndole: amigo, yo os conozco; y yo tambien á vos, respondió el asesino, y tengo presente el bien que me habeis hecho; pero lo que ahora veis no es culpa mia; la nación quiere que murais, y me paga para que os mate: hizo señal, y acercándose otros, entre todos lo arrojaron por la ventana, y acabáronlo las mugeres, y luego le fué cortada la cabeza, llevada en triunfo por las calles y arrastrado el cadáver por el lodo, y durando aún esta escena se abrió su testamento, en el que este digno Pastor instituía herederos á los pobres de su parroquia.

Se cuenta tambien entre los muertos, aunque con alguna duda, á Mr. le Ber, Cura de la Magdalena en Paris, uno de aquellos hombres á quienes es imposible aborrecer, sin doblés ni artificio, pacífico, únicamente ocupado en el ministerio de su parroquia y sobre todo de sus pobres, á quien habia dado quanto tenía: sus feligreses decian de él: es un bellissimo Sacerdote, no ha jurado. Pusieron en su lugar á un juramentado, y este apóstata hipócrita con un exterior respetoso predicó la heregia,

propagó la revolucion, y gozó las rentas que le proporcionó la intrusion, y contentos con él dexaron de sentir á un hombre que tenia valor para vivir pobre y morir firme en la fe. Tal era el pueblo de la revolucion. El mismo pueblo habia aplaudido á Mr. Moufle, Vicario de San Merry, quando prestando el juramento dió una prueba de su cobardia; pero volviendo á tomar su ascendiente sobre él la Religion en lo mas agrio de la persecucion, retractó su juramento, é hizo publica su retractacion: al punto lo abandonó el pueblo que tanto lo habia celebrado, y siendo su deseo y peticion derramar su sangre para reparar la apostasia, fué oido por el mismo pueblo. Mas notable habia sido el escándalo que habia dado Mr. Pottier, antiguo superior de los Eudistes de Ruan, cuya reputacion engañó al pueblo y á muchos Eclesiásticos; pero no permitió Dios que durase mucho el escándalo: al tercer dia se levantó de su caída, y como hombre valeroso, dió toda la solemnidad posible de palabra y por escrito á su retractacion, para fortificar á los débiles que habia hecho basilar, y atraer á los ignorantes que habia descarriado: la persecucion lo hizo ir á Paris, en donde fué un apóstol: los Sacerdotes asistian á sus discursos, y particularmente á los ejercicios espirituales que él dirigia para prepararlos á todos y á sí mismo al martirio: lo padeció, perdonando á sus verdugos, y sosteniendo las sagradas verdades hasta el último instante.

En San Fermin hubo tambien como en el Cármen uno de aquellos hombres que en medio del mundo y en la carrera militar saben conservar su alma intacta de los vicios y de las opiniones del siglo: llamábase Mr. Juan Antonio Joseph Villeste, comandante del regimiento de Barrois, y vivia seis años habia en el mismo seminario, á donde se habia retirado para acabar en santos ejercicios sus dias. Luego que fué cercado el seminario se le dixo que podia pedir su libertad, y el venerable militar respondió: *me guardaré de ello, porque estoy bien aquí.* Se preparó mas especialmente para el martirio, recibiendo todos los dias la santa Comunión durante las tres semanas de su prision, y habiendo sido exemplar de piedad toda su vida, lo fué tambien de constancia baxo la espada de los marseleses. Distinguiéronse tambien en este número dos canonicos de Santa Genoveva Mrs.



D' Aval y Claudio Pons, que detenidos en la sesión del Panteon, en la qual estaban arrestados, no habiendo porqué exigir de ellos el juramento por no ser funcionarios públicos, se les pidió para su soltura que hiciesen el de la libertad é igualdad: pensaron en este punto como los hermanos Nativelles, y prefirieron el martirio. Dos ó tres Sacerdotes habian hallado medio de ocultarse, y saliendo extenuados de la hambre á los tres dias, quando no habia ya bandidos, lograron escapar. Tambien halló la academia modo de sacar de allí á uno de sus miembros, Mr. el abate Huy, conocido por sus trabajos en la Mineralogia, que conociendo quanto mayor era la gloria de mártir que la de académico, nunca quiso alegar esto por sí mismo como un privilegio que lo exceptuaba del martirio. Mas cerca estuvo del martirio Mr. de Turmenies, director del colegio de Navarra, que fué arrojado por una ventana y dexado por muerto: dicese que fué secretamente curado; aunque se concilia mal esto con el furor de las Medusas de Paris, que despues de haber golpeado á su satisfacción á los precipitados, se subian sobre sus cadáveres, los pateaban, les sacaban los ojos, empeñadas en exceder en crueldad á los verdugos, y luego que amontonaron todos los cadáveres, no tanto para darles sepultura, quanto para insultarlos de nuevo, se vieron estas Megueras cortarles brazos y piernas, y puestas de pie sobre el monton, levantarlas en alto gritando *viva la nacion*.

Aquellos legisladores de la revolucion, que quando fueron llevadas triunfalmente al Panteon las cenizas impías de Mirabeau, presidian la sacrilega pompa; quando reclamaba la naturaleza contra los horrores que se cometian en los cadáveres de los Santos, estaban quietos en su sesión, aplaudiéndose de haber encendido hasta tal punto la rabia de los bandidos contra los verdaderos fieles y los amigos del Rey. Lo único á que se movieron fué á hacer como que querian salvar á algunos de la Abadia, enviando para este efecto á su diputado Chabot; mas este apóstata, tan esforzado quando se trataba de sublevar el pueblo, le pareció que veía contra sí diez mil espadas, y no se atrevió á decir una palabra quando venia á apaciguarlo. Otros, especialmente los Girondinos, que veían deshonorarse su revolu-

cion del diez de Agosto por las atrocidades del dos de Septiembre, fueron á pedir á Danton que no confundiese los inocentes con los reos, y este les respondió: *no hay inocentes*. Estos bravos, ran atrevidos contra su Rey, conocieron lo que es un tirano, remblaron á una palabra suya, y lo dexaron continuar la matanza con sus verdugos Robespierre, Marat, Manuel, Sergent y Panis. Habianse multiplicado los teatros de sangre: se degollaba en la Concergería, en los Bernardinos, en Pont-au-change, en Bicitre y en la Force: en todos estos lugares se degollaba, y se asaba en la plaza Delfina, y en estos dos últimos se hallaban aún mezclados los mártires de la Religion con los de la constitucion, aristocracia, y fiel amor á la monarquía verdadera.

Lo que hemos de decir de la Force, lo sabemos por Mr. Jacobo Flaust, Cura Detmaisons cerca de Paris, escapado de la matanza y refugiado en Lóndres, el qual se hallaba allí con Mr. Bertrand, hermano del ex-ministro, Mr. Lagerdette, capellan de Marais, un Vicario de provincia, cuyo nombre ha olvidado, Mr. Etard, Cura de Charonne, y Mr. Bottex, Cura en la diócesis de Leon, á quien conocí, hombre doctísimo, modestísimo, que enseñaba con tal arte, que parecia aprender él mismo de los que le oían, y sobre todo de una conciencia mas delicada que la del novicio mas fervoroso. Lo ví, siendo diputado en la primera asamblea, atormentado entre el deseo de restituirse á sus amados feligreses, y la obligacion de quedar en ella para que no hiciese falta su voto á la buena causa. Este zelo le hizo imposible aquella vuelta, y lo obligó á suplir la instruccion que no podia dar de palabra, por escritos, ya suyos, ya agenos, en cuya compra para repartir graciosamente, y en limosnas, consumia todo el salario, que él decia mal ganado, como legislador. Lo único que le inquietaba en la prision, era no haber sido preso á causa de la Religion, sino por haberle encontrado una carta de Mr. Maury: sé bien, decia, que nada contenia contra el estado, y así moriré inocente, pero no por la fe; mas Dios le preparaba la ocasion de morir mártir.

El juramento decretado por la asamblea el dia de la prision del Rey, contenia precisamenté estas palabras: *juro mantener la libertad y la igualdad, y morir por defenderlas*. En otro



tiempo, quando habia ideas mas exáctas de la libertad é igualdad, no hubiera embarazado este juramento á las conciencias timoratas; pero en la situacion actual, y conocida la intencion de los legisladores, era espinosa la cuestión: habiase agitado en el Cármen, para saber lo que se habria de hacer en caso que concediesen la vida con la condicion de este juramento, y no habian sido unánimes los pareceres. Ya se ha visto lo que hicieron los hermanos Nativelles; pero los que libertados de la matanza fueron llevados á la sesion, habiéndoles asagurado que nada se exigia de ellos contrario á la Religion, en aquel instante de turbacion juraron con la condicion de que no se entendiese por esto que adherian al cisma. En la Force Mr. Flaust se inclinaba á que era lícito, diciendo: « aquí no se toca dogma alguno, ni se hace mencion de la religion constitucional: la fórmula tiene dos sentidos, y se debe entender que juramos en el bueno. Es verdad que jurar así es reconocer la autoridad de los que lo exigen; pero si es la asamblea una potencia usurpadora, está en el caso de un conquistador injusto, á quien se hace lícitamente juramento de fidelidad; y en fin, él no está condenado, y hay muchos hombres virtuosos que lo han hecho.

Por el contrario Mr. Bottex con otros pensaba, que siendo cierto que todo juramento se hace en favor de quien lo exige, se prometia en este algo favorable á la asamblea, la qual no intentaba otro favor que hacer de su partido á el que jurase y asegurase de que mantendria sus atentados contra el Rey y el gobierno. Ademas que quando es ambigua la fórmula de un juramento, se debe fixar el sentido en que se pronuncia, para no traer á Dios por testigo de una promesa vaga, incierta y capciosa; y mas, que quando es equívoco un juramento, se debe tener por hecho en el sentido en que lo pide aquel en cuyo favor se hace, y este sentido se manifiesta por las circunstancias, acciones, carácter y principios de los que lo prescriben. La libertad que intenta la asamblea hacerlos jurar, es la que ha manifestado en sus decretos sobre los derechos del hombre: una libertad por la qual se creen autorizados á tratar al Rey mas legítimo como el mas indigno y mayor malhechor de sus vasallos: una libertad que rompe todos los vínculos de la sociedad, que

olvida hoy los juramentos de ayer; y mañana olvidará los que hace hoy, la libertad de la anarquía, y el origen y principio de todos los horrores del dia. En quanto á la igualdad, ella es por la qual la asamblea ha destruido el Clero y la Nobleza; ¡con qué derecho, pues, juraréis mantener los principios y la execucion de tantos errores é injusticias! Es verdad que se jura lícitamente fidelidad á un usurpador; pero no es lícito jurar mantener los principios de sus injusticias, porque eso ya no es obedecer en una accion inocente. Y en fin, si no es vuestra intencion mantener la libertad é igualdad en el sentido de la asamblea, engañais á los que os piden el juramento, y entonces esta es una verdadera simulacion, una supercheria, de que no es lícito traer á Dios por testigo. De este modo disputaban entre sí santamente los Sacerdotes presos, edificando hasta en sus contestaciones, y estando indecisa la cuestión, obró cada qual conforme á su conciencia, y tuvo tambien la duda sus Mártires.

En el Cármen fueron enviados á la sesion aquellos pocos Sacerdotes que libraron de la muerte; pero en la Force pasaron las cosas de otro modo. Luego que era juzgado cada uno, lo sacaban quatro verdugos á la puerta, desde la qual se extendia por la calle una fila de sesenta cannibales: si la sentencia era de muerte, decia el oficial, á la Abadía, y á esta señal le descargaban sobre la cabeza una masa: aturdido del golpe, ó caía, ó seguia ardiendo con dificultad, y los demas con sus armas lo remataban, sacando al extremo de las filas el cadáver, donde se dexaba para amontonar con los demas. Si no era condenado á muerte, salia el oficial con el sable levantado y puesto el sombrero en la punta, gritando y haciendo que gritase el preso con el *viva la nacion*: añadía luego: *perdon para el buen ciudadano*, y repitiendo *viva la nacion*, resonando tambien con el mismo grito la calle, ventanas y techados llenas de inmensa gente, lo conducia al fin de las filas, donde se entregaba en él un marseles. Este poniendo la mano sobre el monton de cadáveres, y hecho un gran silencio, pronunciaba el juramento de *la libertad é igualdad*: si el preso lo repetía, se le abría el paso y era libre; si callaba, en el mismo momento moría, y coronaba su cadáver el monton. Así murió Mr. Bottex, dado antes por libre del de-



lito de estado que se le imputaba; así Mr. Etand, Cura de la Charonne; así Mr. de la Gardete, el que lejos de abandonarse en la prision á la tristeza, celebró su felicidad, componiendo un poema, cuyo título era *el Pastor en la cadena*.

Al pie de estos cadáveres esperaba una prueba de otro género á una ilustre víctima, Madama de Lamballe, Princesa tan justamente celebrada por su adhesion á la familia Real, que habia preferido al asilo y homenajes de Londres, los peligros del Rey y de la Reyna. Encarcelada primero en el Temple, fué llevada despues á la Force, donde debian los jacobinos castigarla por su fidelidad. Debiendo ser sacrificada la primera, mudaron de parecer, por haber comenzado la matanza de madrugada, queriendo que su muerte e insultos fuesen bien de día; pero se le hicieron ver las disposiciones de su suplicio desde las tres de la mañana. A esta hora uno de los asesinos duumviros, que se llamaban jueces del pueblo, fué á la prision de las mugeres, diciendo al paso á los guardias y verdugos que estaban en los patios: " Ciudadanos, el pueblo me envia á hacer el interrogatorio á la Princesa de Lamballe, y vuelvo al punto á daros parte del resultado. " Volvió; pero guardó silencio, porque el valor de la Princesa lo habia llenado de confusion. A las siete vino de nuevo con veinte hombres armados, diciendo á voces: " Ciudadanos, vamos por la Princesa de Lamballe. " No tardó en salir arrastrada por los cabellos al patio, donde esperaban su sentencia los demas. Allí vió sucesivamente desfilir y desaparecer un gran número hasta las nueve, conservando su noble entereza, rehusando el alivio de una silla, y esperando en pie su muerte cierta. Llamada á esta hora al tribunal de los duumviros, y acusada de ser cómplice de los delitos de la Reyna contra la nacion, respondió: yo no conozco tales delitos. = ¿Estais instruida de la conspiracion del diez de Agosto contra el pueblo? = Protesto ignorar aun tal conspiracion. = ¿Habeis tenido correspondencia con emigrados, y recibido del Príncipe de Condé esta carta? = No es delito recibir cartas de un pariente, ni esta contiene cosa contra la nacion. = Jurad con nosotros un perpétuo odio al Rey, á la Reyna y al reynado. = No puedo hacer tal juramento. A esta respuesta pronuncian los jueces la

fatal palabra, sacadla á fuera, y es llevada á la puerta. A su vista resuenan los clamores de un bárbaro regocijo entre los bandidos, para quienes es poco su muerte si no la preceden mil insultos: yendo por entre las filas al monton de cadáveres, salen muchos de ellas, y poniéndosele delante, despues de una risa burladora acompañada de atroces dichos, la dan de bofetadas con las manos llenas de sangre; mas ella conserva toda su firmeza: ni la pierde llegada al sitio, donde el xefe de los bandidos le dice: poneos de rodillas, y pedid perdon á la nacion. = Yo, dice, no he ofendido á la nacion, y no tengo de que pedirselo. = Se os hará gracia de la vida, si obedecis. = Yo no espero gracia de bandidos tales como vosotros, que os atreveis á llamaros la nacion. = Obedeced, arrodillaos, pedid perdon. = No, no tengo de que pedirlo. Muévase en esto la grita del populacho: de rodillas y pedir perdon, y permaneciendo ella firme en pie, la asen por las manos dos verdugos, y poniéndola en cruz, hacen ademan de tirar hasta dislocarlos. Allí, recogiendo quanto le quedaba de esfuerzo, dice por última vez: *tirad, verdugos, tirad, no tengo que pedir perdon*. Arrojanse entonces furiosos, le abren el pecho, le echan fuera las entrañas, le cortan la cabeza, que ponen sobre una pica, le sacan el corazon, y mordido por aquellos malvados, lo ponen en una bandeja, y llevados uno y otro en triunfo por las calles de Paris, llegan al Temple, donde precisan al Rey á que lo vea, y á la Reyna la libró del horror de esta vista un desmayo que la sacó de sentido. El cuerpo quedó sobre los demas hasta el fin de la matanza, donde el menor insulto que se le hizo fué desnudarlo.

Vengo á Mr. Flaust, cuya historia da bien á conocer qué casta de hombres eran aquellos á quienes abandonaba la revolucion la vida de los ciudadanos, y de qué especie de hombres pendia su suerte en el mismo Paris. Este Eclesiástico, despues de una serie de vexaciones increíbles, fué entregado á dos municipales, llamado el uno Le Clerc, y el otro Duchesne, hombres de tan baxa condicion, que solo con mucha dificultad acertaban á leer, tan ignorantes de su oficio, que el mismo Mr. Flaust se vió precisado á insinuarles las palabras con que debía comenzar el proceso verbal, y tan extrañamente brutos, que le-



ían los escritos mas contrarios á la revolucion sin poder entender si eran en pro ó en contra de ella; pero tan empeñados en hallar reos, que habiendo respondido él á sus preguntas que residia en Conflans en la casa de las señoras Benedictinas, y que profesaba el culto católico romano, dixo el uno de los dos municipales, el Señor Le Clerc: bueno, bueno compañero, él mismo lo confiesa, ¿qué mas queremos? y vuelto á los que lo habian traído preso, dixo: camaradas, nos habeis traído un reo de cuenta, y sobre cien necedades de esta naturaleza fué conducido á la Force. Allí los jueces por fortuna le concedieron el perdon en la noche del dos al tres. Él, fiándose de que era conocido de los porteros, y no estando aún dispuesto el orden de salir que se observó el dia siguiente, se estuvo quieto, temeroso siempre de que le pidiesen el juramento de la libertad é igualdad, en cuyo punto, aunque tenia sus razones, no sabia á qué partido atenerse habiendo oído á los demas. Llegó, pues, á las dos de la mañana la funesta hora, y ya fué preciso presentarse de nuevo á juicio, á pesar de haber sido absuelto en el mismo tribunal, conociendo él aun por esta prueba, que casta de hombres son los que dominan en las revoluciones. Viólo el xefe de los marseleses, y le dixo: ¿qué haceis aquí, camarada? ¿No habeis sido ya juzgado? = Sí, ayer, y por haber sido absuelto, se me puso aparte en lugar de seguridad. = Buena seguridad! aquí no hay ninguna: habeis hecho muy mal en no haber salido ayer: hoy está aquí ya el pueblo sediento de sangre, y *esos jueces, que ni saben lo que se debe hacer, ni lo que hacen, os juzgarán blanco ó negro, haz ó reves, conforme se les ponga en la cabeza.* Así hablaba el hombre, estando inmediato á los jueces, como quien los conoce y no les teme. Por fin, aconsejó á Mr. Flaust que se cesase en decir que habia sido ya juzgado, y no contestase á pregunta alguna. Siguió el consejo y fué absuelto; pero quedaba la terrible ceremonia del juramento, cuyas circunstancias voy á referir con sus mismas palabras.

» ¡Qué horror se apoderó de mí en el instante que siguiendo paso á paso al conductor de la espantosa tragedia me hallé en el fatal postigo! Yo habia oído hablar bastante de dos exercitos de asesinos: habian resonado tambien en la prision el

espacio de veinte y seis horas que iban ya de matanza sus imprecaciones, blasfemias y bárbaros clamores; pero al salir fueron mis ojos los que me informaron. En el horror de la noche centelleaban sus armas á la luz de las teas, agitadas de centenares de Euménides: caminaba sobre un suelo anegado en sangre, caliente aún, de mas de quatrocientos que habian ya ido al suplicio: ya iba por medio de la calle, quando poniéndoseme delante uno de los asesinos me dice: viva la nacion, hermano mio, tú eres mi camarada, y un buen ciudadano, y al decirlo me da un beso, dexándome mojada la cara con la sangre que habia salpicado á la suya de tanto asesinado. ¡Qué hermandad! ¡qué beso! Estaba como pasmado de horror sin saber por dónde iba, y en esto veo que me detienen de repente: abro los ojos y me hallo delante de un monton de cadáveres, y encima de ellos el tronco de Madama Lamballe, abierto el pecho y tendidos en cruz los brazos, sus pies, que caían al suelo, casi tocando con los míos. ¡Qué agonía! En este momento pone mi verdugo la mano sobre los cadáveres, pronuncia, y me manda pronunciar el juramento. Quiero recogerme á pensar un momento: se me ofrecen, con toda la prontitud de un relámpago, las razones que habia yo alegado á su favor: no me acuerdo siquiera de una en contra: temo, si lo rehuso, ser mártir, no de la fe, sino de una opinion: me detengo, y veo que se levantan contra mí una multitud de sables: juro, no sé si maquinalmente, ó como. Al punto se abre una fila, y me dexan franca la salida. Salgo, respiro un poco, y entónces vuelve sobre mí la reflexion. ¡Qué he hecho yo, Dios mio! Si es contra vuestra ley este juramento, vuelvo atrás y me retracto: ¿Pero debó hacerlo así? ¿Será prudencia? ¿Y esta retractacion bastará para que sea causa de martirio la mia? ¡O Dios! ¡qué no haya yo sido llevado mas bien al Carmen y muerto allí con mis hermanos! No me hallaria yo ahora en estas perplexidades. En fin salió así del paso este Sacerdote, y habiéndole ofrecido curatos á escoger jurando la constitucion pretendida civil del Clero, escogió el destierro, y sin duda hubiera escogido la muerte antes que el otro juramento, si lo hubiese creído ilícito.

Despues perecieron otros quatro ó cinco Sacerdotes que